

nador; y antes de que comparéis a dos hombres de genio específico totalmente distinto, habéis de buscarles un común denominador.

Mr. Wells emplea un común denominador que le obliga a desechar a Napoleón y a Mahoma como inferiores a otros hombres que no han gobernado ni un solo día. Si a Mahoma le hubieran crucificado antes de que tuviera que gastar un ochavo de la riqueza pública o dirigir un solo día la labor policiaca, y si Jesús hubiera visto deshacerse en su presencia el poderío romano y el judío y le hubiesen hecho Rey de los Judíos en serio y no por mofa, Mahoma hubiera sido el mártir puro e inmaculado y Jesús el mancillado legislador y conquistador. Si Richelieu hubiera sido matemático y Descartes primer ministro, a Descartes se le echaría del emperio y se metería dentro a Richelieu. A un astrónomo le es fácil conservar su limpieza, pero no a un barrendero o a un explorador del Polo. Todos sabemos que es una tontería de la sartén llamar negro al cazo; lo que no sabemos todos es que igual tontería comete la urna de alabastro si le echa en cara a la sartén su negrura. Shelley, denunciando a Eldon y a Castlereagh se lleva nuestras simpatías; pero si Shelley hubiese tenido que oficiar de Justicia Mayor o de Primer Ministro no nos parecería un ángel de luz por bien que lo hubiera hecho. Lincoln tuvo la suerte de que le pegaran un tiro en el momento en que empezaban las verdaderas dificultades de su tarea.

Los grandes hombres son las estatuas de nuestros ideales. Nuestras esperanzas y entusiasmos cristalizan en sus nombres: eso es todo. Aristóteles no fué más (ni menos) el Aristóteles de Mr. Wells que Julio César fué el César de Mommsen. Yo soy también un Grande Hombre; y además, lo sé.

GILBERT K. CHESTERTON

SUPONGO que todos estamos de acuerdo en que esto no es mas que un juego de sociedad, aunque sea un juego de sociedad muy bueno, y que no es posible una declaración exacta. En todo caso, existen dificultades que van de lo más tremendo a lo más trivial. Todos los hombres son grandes y todos los hombres son pequeños, y ninguno hay más pequeño que los grandes; esto es lo que quiere decir la igualdad de los hombres. Luego viene la excepción y dificultad de la religión. A mí no me cabe duda de cuál es la figura más grande de la Historia; pero esto encierra verdades trascendentales que no tienen aquí lugar. En cuanto a los otros fundadores de religiones, siempre he sospechado que Confucio fué un hombre más grande que Mahoma o Buda; porque la China es la única

creación humana del paganismo que pueda siquiera ser comparada de lejos con la Cristiandad. En términos generales, sin embargo, pienso que yo dividiría así a los hombres, según tres tipos o modelos. Creo que las dos maravillas del genio son Shakespeare y Napoleón. Me dan la impresión de haber aplicado una fina masa de entendimiento creador, casi por casualidad, a una ocupación particular. Luego vienen dos hombres de los que se puede decir que han formado el entendimiento de los otros. Ambos crearon universos o sistemas solares del pensamiento, por los que aún paseamos casi inconscientes. San Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. No tengo seguridad de que Dante no hubiera de entrar en la lista, aunque no llenara del todo este cometido. Luego viene una clase más difícil de apreciar; la de aquella cuya grandeza apenas tuvo nada de mental sino que fué moral por entero. Sin embargo, tuvieron mayor originalidad que los intelectuales; tuvieron a menudo mayor influencia práctica y popular en la historia que los intelectuales; fueron más creadores que los poetas, aunque sólo lo fueron de su personalidad. Fueron sólo ellos mismos. San Francisco de Asís es un ejemplo; y otro ejemplo más impresionante aún fué Juana de Arco. Y yo celebro mucho que uno de mis seis grandes hombres sea una mujer.

RESUMEN DE H. G. WELLS

ESTOY de acuerdo con la primera afirmación de Mr. Shaw y, después, con la última. La pregunta era necia. Pero no, como dice Mr. Walkley, «meramente fútil». Su necedad no implica condenación del periodista que la hizo; sabía su oficio, como lo atestigua Mr. Walkley. «Fútil», dice Mr. Walkley, y pone su brillante ingenio de hombre de mundo en sus actitudes, *un accésit, cherchez la femme*, y todo lo que sigue, en larga contribución. La futilidad no es del que hizo la entrevista. Nos alcanza a todos. Es evidente que nadie más que Mr. Shaw parece haber comprendido que yo no fuí quien trajo a cuento lo de elegir los seis hombres más grandes.

Y el juego es tan divertido que su invitación para añadir unas cuantas palabras me coge ya replicando. ¡Mr. Zangwil es tan tentador! ¡Qué incoherencia en lo que escribe! Apenas hay

la menor evidencia de que su Moisés haya existido jamás. La «Enciclopedia Karmsworth» no constituye prueba. ¡Y el «evangelio monacal del renunciamento» de Buda! Si hay un ejemplo de él, me figuro que es el de Asoka. Después de esto considerar a Shakespeare como uno de los seis grandes hombres no es motivo para asombrarse.

Algunos de los que han contestado son ejemplos palpables de la superstición shakespeariana, puesto que tal superstición existe. ¿No acabará nunca? Valdría la pena de decir una o dos palabras acerca de eso. Mr. Zangwill escribe: «El escritor más grande que el mundo ha conocido ni siquiera aparece en el *Esquema de la Historia* de donde hasta su nombre está proscrito. Alguien pudiera imaginarse que es porque Mr. Wells, como Kipling, admira la acción más que el pensamiento». Pero el nombre no está proscrito, ya que nunca se vió allí. ¿Por qué habla de verse? Sería divertido dejar a Mr. Zangwill que explicara por qué ha de estar el nombre de Shakespeare en su *Esquema de la Historia*. ¿Qué hizo Shakespeare, qué añadió a la totalidad del mundo? Algunas comedias deliciosas, ciertos pasajes exquisitos, varios caracteres bien observados. Fué un gran autor dramático, un gran humorista, la risa mayor del mundo. Todo verdadero inglés le ama con ternura, porque es intensamente nuestro, porque está muy cerca de nuestro corazón. Pero nada de esto tiene decisiva importancia para la historia de la humanidad, ni aun para la historia de Inglaterra. No tuvo ni la fuerza ni el orgullo patriótico de Milton. Si no hubiera existido nunca, las cosas estarían lo mismo que están; habría habido mucho menos belleza en Inglaterra, y la gente literaria inglesa, nativa o inmigrante, escogería otro nombre que rodear de superstición, pero nada más. El «pensamiento» de Shakespeare importa poquísimo. No añadió idea ninguna, no alteró idea ninguna para el creciente entendimiento de la humanidad. Yo llego a creer que el pueblo inglés le querría más si le respetara un poco menos. Ese legendario Moisés-Shakespeare que hizo algo maravilloso e indescriptible por la humanidad es una pesadez. Yo estoy por Mr. Will Shakespeare, verdadero ser humano. Hay que leer y ver sus obras. (España, Madrid).

## Una doctrina feminista

...El feminista de quien tratamos pone empeño ahincado en que la mujer dedique varias horas del día al trabajo

intelectual. El trabajo de la mente—lectura, crítica, escritura, etc.—es para nuestro autor el centro de su doctrina.